

ESCRITORA, ENSAYISTA Y ACADÉMICA MEXICANA

MARGO GLANTZ

“A MÍ ME DUELE MÉXICO; LA CORRUPCIÓN, EL DESAMPARO”

Desde su estudio de Coyoacán, a pasos de la Casa Azul de Frida Kahlo, una de las principales intelectuales de México, multipremiada y de prestigio internacional, habla de su vida, su obra y comparte su dolida mirada sobre su convulsionado país.

POR **MARÍA CRISTINA JURADO**, DESDE CIUDAD DE MÉXICO.

FOTOGRAFÍAS: **GERMÁN ESPINOSA/EL UNIVERSAL DE MÉXICO.**

A los 84 años—cumple 85 en enero—, la escritora, académica y ensayista mexicana Margo Glantz sube, en menos de dos minutos, los peldaños de las dos escaleras en espiral que la conducen a su estudio en el tercer piso. Son escaleras empinadas.

Quienes la siguen, jadean.

Pero ella, sin reponer el aliento, ya ha salido al jardín a regar sus nopales y buganvillas. Una maraña verde y selvática que desparrama oxígeno a los cientos de libros que se desperdigán por muros, piso y

cielo raso. Libros de Joyce, Rulfo, Kant, Freud, Simone de Beauvoir, Paz, Bellatin. Y otros muchos que conforman el abrevadero intelectual de esta judía—mexicana de mente acerada, cuya opinión se escucha en todo el mundo a través de sus escritos.

Lúcida, de pensamiento penetrante, lengua afilada y reverenciada por sus pares, esta novelista y ensayista, especialista mundial en la obra literaria de Sor Juana Inés de la Cruz, podría pasar por la mujer más joven de México. Jóvenes son sus juicios intelectuales, joven su

palabra y sus opiniones, y son sus alumnos universitarios de la UNAM de Ciudad de México y sus 18 mil seguidores en Twitter —la mayoría menores de 40 años— quienes dan fe, por excelencia, de su lozanía mental.

Sin inmutarse, ella riega sus plantas. Mirando desde su terraza hacia la Plaza de los Coyotes, dice con naturalidad:

—El día que no tuiteo, me parece que no amanecí.

Rebelde, deslenguada a veces, firme en sus creencias, Margo Glantz, la segunda mujer en integrar la



Academia Mexicana de la Lengua en 1996, Premio Nacional de Ciencias y Artes 2004 y ganadora del Premio FIL de Literatura —antes el Rulfo— en 2010, ha recibido en cincuenta años de escritura los mayores honores que la literatura y la academia pueden otorgar en su país.

Glantz es considerada un monumento por académicos y seguidores. Ajena al revuelo, ella se concentra en llamar a las cosas por su nombre. Mientras revuelve el café en el living de su casa colonial embaldosada y con vigas a la vista, su voz es tajante. Al mencionar a los 43 de Iguala, los ojos le brillan de impotencia:

—Como están las cosas hoy, a mí me duele México. La corrupción, el desamparo, los estudiantes de Ayo-tzinapa desaparecidos, de quienes yo dije el primer día públicamente que solo podían estar en una fosa. Me lo preguntaron en Veracruz, en una entrevista para un periódico virtual y yo fui clara. ¿Dónde más podían estar nuestros estudiantes? Y los culpables se amparan y el Presidente se compra un avión y una casa impresionante, que según él es de donación, y la mujer del Presidente se deja comprar por Televisa. Ustedes en Chile confían en sus “pacos”. Yo veo un policía y corro. Veo a una patrulla y me asusto. Por eso, no dejo de reclamar. Todos los días me quejo de Telcel, de Aeroméxico, de los alcaldes y gobernadores corruptos, de los parlamentarios que se asignan ingresos escandalosos. En este país hoy hay un tono de queja permanente. Yo a Coyoacán, donde vivo desde hace cuarenta años, le digo Hoyoacán porque ya no se puede caminar por la calle.

Habla con firmeza, a ratos con un dejo de humor. Es de estatura mediana, pelo rizado, nariz aguileña, piel mate. Viste calzas negras, ballerinas —esta es una mujer que ha seguido y cultivado la moda y transformó el tema en motivo literario—, chaleco largo morado obispo, un enorme anillo de piedra roja. Entre lecturas e historia, religión y política, memoria y sociedad —todas temáticas que ocupan su tiempo y su obra desde

“El día que no tuiteo, siento que no amanecí. Me siento envejecer”, dice Margo a sus 84 años.



Especialista mundial en Sor Juan Inés de la Cruz, la escritora crea entre las 10 y las 3 de la tarde. A su estudio accede por escaleras en espiral.

hace medio siglo—deja escapar que, para ella, así como el viaje es su motor de vida, también lo es el acto de comprar ropa, siempre fuera de México. Jamás abandona el *shopping*: para ella tiene algo de catártico. “No me importa cuántas prendas tenga el clóset, cuántos zapatos. Tengo vestidos de hace 30, 40 años. Yo, si viajo, tengo que comprar. Siempre ropa clásica, aunque sea por vicio. Es algo a lo que jamás renunciaré: la moda es una de las cosas más importantes en el mundo contemporáneo. Acabo de ver en Madrid, en el Museo Thyssen–Bornemisza una exposición dedicada a Hubert de Givenchy. La moda inspiró a Miró, a Picasso. Siento que uno no puede prescindir de su reflexión y de su inspiración. Y me parece que, si el Guggenheim dedica todo el edificio a Armani, por algo será”.

Pero Glantz no sigue la moda solo por gusto. Durante largos años escribió del tema en *Vogue* y en varios periódicos del continente, que se peleaban su pluma docta y su mirada reflexiva. Y, cuando vivió en Londres, recuerda sus visitas al Victoria & Albert Museum, muchas veces se toparon con exhibiciones dedicadas a modas y modistos.

Para ella no es una frivolidad.

“SIEMPRE FUI CURIOSA, VORAZ JAMÁS ME ANQUILOSO. A MI EDAD YO TENGO UNA MIRADA MUY FRESCA DE LA VIDA. NO ME DEJO CAER. NO ME ESTANCO”.

Su interés forma parte de su erudición.

Y, si la moda es tema serio, también lo son sus discípulos, que suman cientos. A ellos los formó en medio siglo como profesora de Literatura y Ciencias Sociales, su primera actividad para la cual se doctoró en París en los tiempos de su primer matrimonio, durante los años 50. Hoy ya es emérita en la UNAM y, por eso, frecuenta menos las aulas, pero nunca las abandona.

La frescura de sus alumnos la renueva. Lo comenta mientras recorre la biblioteca del tercer piso flanqueada por su jardín y que presiden un sofá, dos escritorios, rumbos de libros y su computador. También hay, desperdigados, decenas de figuras precolombinas, muñecos, collares de cuentas mayas, cajas, sillas enanas, textiles indígenas, chales, mecedoras antiguas. Es su reino, donde crea todos los días religiosamente, entre las diez de la mañana y las tres de la tarde. Porque la escritura para Margo Glantz es una disciplina, una tarea afiebrada que ella toma con seriedad absoluta. Es rápida para producir, dice —antes lo era más: escribía hasta veinte cuartillas en una mañana—, y obsesiva. Menos mal: esta es una ensayista y escritora de ficción que puede acumular hasta 60 o 70 versiones de un texto. Las imprentas ya la conocen: Margo acostumbra a revisar su material hasta el último día y, muchas veces, lo retira íntegramente para agregarle nuevas ideas. Es tanto lo que corrige que se ha vuelto parte de su método.

El método Glantz hasta hoy ha producido más de veinte novelas, cuentos y autobiografías —los críticos consideran a “Las Genealogías”

como su principal obra— y sobre treinta ensayos y críticas. Si recién publica su aplaudida “Yo también me acuerdo” —en la tradición del poeta norteamericano Joe Brainard, quien murió de sida en 1994—, entre 2008 y 2014 completó los cuatro volúmenes de sus “Obras Reunidas”. Por ellos, por su erudición y dedicación, a sus 84 años Margo Glantz acumula docenas de premios y distinciones nacionales e internacionales y, en 2010, la Universidad de Princeton inauguró los “Margo Glantz Papers (1956–2009)”. Un honor que tienen pocos escritores de habla hispana.

LA MUERTE, LOS VIAJES

—Tengo fama de buena maestra y ha sido una de las cosas que marcaron mi vida. Enseñar me fascina, la retroalimentación con los jóvenes me es esencial. Ellos ven las cosas con ojos muy abiertos y frescos que me ayudan a pensar de nuevo. Gracias a ellos, yo he podido trabajar mis textos con otra mirada, con más profundidad. Dando clases he descubierto elementos importantísimos para mi propia creación. Siempre fui muy curiosa y voraz para mis conocimientos y los jóvenes me han obligado a investigar con ahínco. Y



1. "Tuve una adolescencia e infancia precarias. Nos cambiábamos de casa hasta tres veces en un año cuando ya no podíamos pagar el arriendo", dice Glantz, en la foto con su hermana Lily. **2.** Ha recibido los principales premios literarios. "Me falta el Cervantes, pero ya no me lo darán".

3 y 4. Se casó a los 20 y a los 40, pero no tuvo éxito: "Me quedaron mis hijas Alina y Renata", se consuela.

es que jamás me anquilo. A mi edad yo tengo una mirada muy fresca de la vida. No me dejo caer. No me estanco.

Margo asegura que su secreto para avanzar y no quedarse está en tomar nuevos desafíos, ojalá uno cada día: no se cansa de la novedad. Es la dificultad y la ambición de avanzar hacia sus metas lo que la mantiene fresca y viva, dice.

—¿También joven?

—(Sonríe). Mire, pues no sé. Solo sé que si en la vida uno se repite,

si no hay novedad, pues uno se va quedando. Y yo no me quedo. Una de las cosas más apasionantes de un escritor, de un investigador como yo, es que nunca uno se aburre. Di clases en muchas universidades extranjeras: en Princeton, en Harvard, en Yale, en Stanford. He sido profesora visitante de Literatura en Düsseldorf, en Alicante, en Viena, he dado conferencias en América Latina. Tengo muchos amigos en Chile. Todo eso lo renueva a uno.

—¿Le preocupa la edad?

—(Se le ensombrecen los ojos). Bueno, veo a compañeros míos que están hechos una pasita, una amiga mía dos años menor está con oxígeno y es aterrador. Pero también veo a gente como el historiador y antropólogo Miguel León Portilla, que a sus 88 sigue dando conferencias y escribiendo. Él está muy bien. ¡Y ustedes tienen el ejemplo de Nicanor Parra, con cien años! ¿Si pienso en la muerte?... Usted, ¿qué cree? (sonríe).

—¿Le teme?

—Bueno, sí. Mire, hasta hace unos años, yo figuraba entre las jóvenes de la Academia de la Lengua. Y ahora, cuando voy a las sesiones, soy de las pocas que van quedando. ¡La Academia parece una morgue! Yo apunto mentalmente con mi dedo y digo: "¿A quién le toca ahora?". Luis Villoro, el papá de Juan, se murió a los 91 y yo voy a cumplir 85. Ya la muerte me anda hablando, como diría Rulfo: no creo yo que dure demasiado. Aunque mi hija menor Renata me dijo que tengo que durar hasta que mi nieta Amaya cumpla sus 15.

Combate la edad con su espíritu. "Siempre he caminado mucho y mi casa tiene tres pisos que yo subo y bajo todo el día, eso me hace estar bien. Y, si bien temo a la muerte, pienso que mientras viaje, escriba, mientras me guste vestirme, dé mis clases y me reúna con mis amigos, mientras conserve mi inteligencia rápida para decir cosas divertidas, mientras pueda hacer todo esto, entonces no tendré miedo de morirme. Porque a mí me encuentran muy divertida, sobre todo en reuniones".

En su extensa obra, dos libros han sido fundamentales: en 1981 publicó "Las Genealogías", su primera producción de ficción que es considerada por los críticos como su título más marcador. En sus páginas, Margo retrató los recuerdos clave de su familia, partiendo por sus padres judíos ucranianos que emigraron a México por la revolución bolchevique y la guerra en los años 20. Y es que su niñez y adolescencia la marcaron a fuego:

—Tuve una infancia precaria. Mi

padre poeta nunca supo ganar dinero, mi madre era muy inteligente. Ambos eran rusos ucranianos, les tocó la revolución rusa: mi padre pasó por hambrunas, pogroms, persecuciones. Casados, emigraron a México y aquí nacimos, aunque nuestra tradición judía fue solo cultural, no religiosa. Vivimos una infancia muy nómada en la capital, nos cambiábamos de casa hasta tres veces por año cuando no podíamos ya pagar el arriendo. Íbamos bajando de barrio, terminamos en Tacuba, una zona muy modesta y popular. Guardo recuerdos imborrables, como mi primer viaje en autobús a Dallas —no teníamos dinero para el avión— cuando acompañé a mi mamá a comprar ropa para contrabando. Yo tenía 17 años y no olvido el impacto: desde ahí soy una viajera. El viaje ha marcado mis días y mi escritura. Me ha sido definitorio.

—Usted ha viajado por dentro y por fuera...

—Bueno, el viaje es una marca en mi vida. Cuando uno escribe, uno viaja en forma interior y es un viaje también hacia la memoria.

Margo empezó tarde con sus travesías. Su madre rusa la llevó a Texas en 1947, recién finalizada la Segunda Guerra Mundial, para contrabandear ropa de Estados Unidos a Ciudad de México. La idea era intentar resolver las penurias económicas de la familia. Pero no fue una travesía exitosa: si bien mamá e hija compraron ropa en Dallas y la trajeron, la señora Glantz no era buena para el contrabando y terminó por regalar a sus dos adolescentes niñas la mercadería.

Más tarde, en su juventud, la escritora fue a Nueva York en autobús. Mirando hacia atrás, dice que ella ha viajado de todas las formas imaginables en sus 84 años. El entusiasmo la desborda:

—La gente se asombra de que, a estas fechas, todavía tenga yo tantas ganas de viajar. A pesar de que continuamente viva desgajados en los aeropuertos porque hay huelga de Air France y tengo que soportar a los franceses que, aunque los quiera mucho, hay que soportarlos. Porque ellos, aunque haya huelga, me dicen

que tengo que pagar yo el hotel y cargar maletas y pagar mi comida, y después tengo que estar mandando cartas al periódico y más cartas a Air France para recuperar mi dinero. Y aceptar que en Estados Unidos deba quitarme los zapatos en el aeropuerto para poder entrar y que me vean el aura, que me examinen las cinco huellas digitales... y todas esas cosas horribles que le pasan al viajero. Bueno, todo lo hago con tal de no parar de viajar.

SUS INICIOS, SUS NOVELAS

Empezó a escribir ficción tarde, casi a los 50 años. Debutaba la década del ochenta en el mundo y Margo Glantz ya tenía un nombre muy sólido en la academia, el ensayo y la investigación, con fama de erudita, de incansable, de inteligencia docta, de columnista culta. Le costó, recuerda, que la aceptaran en su nueva veta de novelista y cuentista:

—A los 47 empecé tímidamente a escribir ficción, pero mis compañeros de generación ya llevaban años. Y es que muchas veces traté antes, pero no me resultaba. Hasta que hice “Las Genealogías” y nadie me lo quiso publicar. Lo vendí a cuenta de autor, como lo hacía en Chile Pablo de Rokha. Fue un libro artesanal, lo hicimos con mi hija mayor, Alina, quien es fotógrafa, y mi sobrino Ariel, un gran dibujante. A pulso: en papel albanene (mantequilla) y letras pegadas una a una. Salió un libro gigante, tanto que un amigo mío dice que fue el “atlas de mi obra”.

No la tomaban en serio como novelista. Nadie en México quiso publicar “Las Genealogías”, pero ella consiguió una presentación en la librería de moda en la época, El Ágora. Allí Margo Glantz, sin cansancio ni vergüenza, vendió sus libritos uno a uno. “Me pareció divertido y con mi empeño acabé vendiendo toda la edición”.

De a poco se impuso como escritora de ficción. Su segundo libro lo hizo en el D.F. la editorial La Máquina de Escribir, que publicaba a nombres incipientes en los 80: Juan Villoro, Carmen Boullosa. “Por eso yo digo



“Cuando voy a las sesiones de la Academia, soy de las pocas que van quedando. ¡La Academia parece una morgue!”, dice Margo.

“TWITTER ES UNA PODEROSA, ARMA POLÍTICA, UN ARMA DE OPINIÓN MUY EFECTIVA. MUY FRESCA, PERO PUEDE LLEGAR A SER ABSURDO, NARCISO Y BANAL”.

hoy que soy tan joven como ellos”, ríe. Hasta hoy le cuesta trabajo que la vean, espontáneamente, como novelista.

—Si formo parte de un comité literario, me ponen en comisiones de investigadores y docentes y no de novelistas o cuentistas. Si hacen antologías de novela corta o cuentos, no me incluyen. Y es que creo que tengo una escritura diferente, que a veces no se acomoda a las etiquetas.

Lo que para editores y sus pares fue arduo, para los jurados de los

premios literarios más importantes no lo ha sido. Así fue con el Premio Nacional de Ciencias y Artes en México, con su ingreso a la Academia de la Lengua y con el Fil 2010, uno de los reconocimientos más importantes en el continente, que Margo ganó holgadamente. Dice:

—Me falta el Premio Cervantes, pero no creo que me lo den, porque ya se lo dieron a otra mexicana en 2013. Además, no soy una gente muy popular. Aunque soy muy reconocida, me siento siempre funcionando en los intersticios. Porque tengo una escritura atípica, que no cabe en los moldes. Quizás tal vez me equivoque y a lo mejor me siento víctima, no lo sé.

—Está teniendo mucho éxito con su último libro, “Yo también me acuerdo”.

—Es un libro que hubiera querido seguir escribiendo, pero corrijo tanto que llega un momento que ya no soporto verlo más. Me pidieron que escribiera estos textos siguiendo el patrón de escritores anteriores a mí, fundamentalmente el norteamericano Joe Brainard, quien escribió “I remember”. El Twitter, que yo cultivo, me sirvió mucho para el libro, formado por recuerdos encadenados, asociaciones de mi vida y de las gentes que he conocido. Pero no es un libro de Twitter.

—¿Por qué es tuitera?

—Pues porque el Twitter es también una poderosa arma política, un arma de opinión muy efectiva. En el Twitter hay una cierta espontaneidad que es muy fresca, muy interesante, que puede llegar a ser absurda, narcisa y banal, pero al mismo tiempo permite un ejercicio de escritura de gran interés por la constricción de 140 caracteres. Me ayudó a escribir “Yo también me acuerdo”. Tuve cuidado de que en esta concatenación de recuerdos no cayera yo en el panfleto ni en el sentimentalismo barato: escribí con un rigor muy tajante. Tiene casi 60 versiones y, como digo al final, podría constituir mi obituario.

A veces demora mucho en crear. “Tengo un libro que llevo 15 años escribiendo, es sobre los dientes. Pero aún no estoy contenta, no me funciona”.

—“Yo también me acuerdo” lo escribió en un año.

—Sí, fue rápido. Es un libro particular, porque la memoria funciona por asociaciones. Yo iba viviendo, recordando, leyendo, escribiendo y un pensamiento me llevaba al próximo. Y mientras corregía y concatenaba se fue muriendo Joan Fontaine y Peter O’toole y después Luis Villoro o Juan Gelman o José Emilio Pacheco y fui incorporando. O era el aniversario de Joyce o de Proust. Por eso este libro es también mi historia literaria, no solo mi vida. Si hubiese estado escribiendo cuando lo de Ayotzinapa, hubiera sido muy importante.

No solo se inspira en el Twitter para su literatura. Glantz vive y respira la actualidad en internet: ve las noticias de forma tan adelantada “que cuando leo el periódico al otro día los hechos me parecen envejecidos, añejos. Estoy suscrita en Twitter a Le Monde, The Guardian, Le Nouvel Observateur, el NYT, el NYT Review Books, también los periódicos mexicanos. El día que no tuiteo, me siento envejecer”.

LAS GABITAS

Recuerda con afecto a su amiga Diamela Eltit, quien vivió en México en los 90 y con quien se escribe regularmente. También tiene otros



LA BELLEZA
ES UN ARTE...
NOSOTROS LA HICIMOS CIENCIA



DAILY FIBRAGEL - INTENSIVE HYDRATION - INTENTIONAL
STYLING & CARE
BETTY

LABORATOIRES
FILORGA
PARIS



www.filorga.cl

EL LADO MÁS COSMÉTICO
DE LA CIENCIA AHORA EN CHILE
DISPONIBLE EN:



amigos en Chile, habla de Costamagna, de Gumucio, de Lina Meruane y Cecilia García Huidobro, ha leído a Zambra. Por estos días, Margo Glantz recibe e-mails de solidaridad de todas partes por los sucesos de Ayotzinapa. Pero su mirada sobre otras escritoras no es pareja. Hace un juicio tajante:

—Tengo grandes diferencias con algunas escritoras a quienes, en lo personal, estimo mucho y que son gente muy amiga. Estimo a Ángeles Mastretta, a quien le reconozco su “Arráncame la Vida”, su única buena novela, un libro muy legible. Y Laura Esquivel es un encanto. Con todas, cuando

porque se necesita talento, pero siento que ellas usaron esta tendencia como un filón. Supieron por donde entrar, supieron de antemano dónde estaban las vetas y cuáles eran los resortes para mover al público. De paso, ¡quedaron como grandes feministas y liberadoras de mujeres! Me parece absolutamente falaz y bastante perverso.

Recuerda su pasión por Sor Juana Inés de la Cruz, de quien recién empezó a escribir a los 58 y de la cual, sin embargo, se convirtió en especialista de fama mundial. “Ella ha sido la más grande escritora de letras en español y en muchas lenguas. Una figura femenina y humana extraordinaria, hasta ahora sin igual”.

Tampoco esquiva su vida personal: sus dos matrimonios (a los veinte y a los cuarenta años) en los que terminó por no ser feliz, pero que le dejaron a sus hijas Alina y Renata, de quienes es muy cercana. Respecto a su vida sentimental, es lapidaria:

—Siempre he hecho lo más importante de mi vida sola. No necesité a un hombre para convertirme en la escritora que soy ni para ser feliz. Pero reconozco que, mientras estuve con mis dos maridos, ellos me dieron cosas importantes, también en lo intelectual. Yo era muy tímida, muy insegura, y no lograba escribir. Fue el psicoanálisis el que me ayudó a divorciarme la primera vez y a ver la luz en el camino hacia mi escritura. Yo tenía las ganas de escribir, pero me sentía incapacitada, sin fuerza. También me sentía muy fea. El psicoanálisis me dio seguridad.

“SIEMPRE HE HECHO LO MÁS IMPORTANTE DE MI VIDA SOLA. NO NECESITÉ A UN HOMBRE PARA CONVERTIRME EN LA ESCRITORA QUE SOY”.

—¿Isabel Allende?

—Pues mire, tampoco me gusta. Una amiga mía, una crítica y ensayista colombiana muy prestigiada que vive en Suiza, Helena Araújo, escribió un texto muy interesante, “Las Gabitas de América Latina”. Es decir, el realismo mágico como un filón explotado, un modelo, un patrón que estas escritoras han seguido. No estoy en contra

—¿No se ha sentido sola?

—La soledad no ha sido tema en mi vida. Después de mis matrimonios, quedé vacunada con los hombres. He trabajado mucho mejor sola. Viví años en Europa, me doctoré en Francia, trabajé mucho como crítica de teatro y moda, pasé por todas las temáticas que me interesaron. Y sigo produciendo. Creo que ha sido una buena vida. **ya**